

LA IDEA DEL HOMBRE EN LA FILOSOFÍA CARTESIANA (UNA PROYECCIÓN HACIA LA INDIVIDUALIDAD)

Leticia Rocha Herrera

Miembro de la Asociación Filosófica de México y CECYC-MADRID

LA IDEA DEL HOMBRE EN LA FILOSOFÍA CARTESIANA (UNA PROYECCIÓN HACIA LA INDIVIDUALIDAD)

RESUMEN

La obra cartesiana ha constituido -indudablemente- una fuente inagotable de reflexiones en torno a los diversos problemas de la filosofía universal: la matemática, la metafísica, la teoría del conocimiento, la física -por citar algunos de los ámbitos prioritarios y de mayor sistematicidad alcanzada-, muestra de su riqueza y trascendencia. En el presente trabajo retomaré una de esas grandes reflexiones, la que concierne especialmente a la idea del hombre, a fin de rescatar y evidenciar en Descartes una rica y amplia concepción del ser humano.

Palabras clave: Moral, Pasiones, Hombre, Conducta, Individualidad.

THE IDEA OF THE MAN IN THE CARTESIAN PHILOSOPHY (A PROJECTION TOWARDS INDIVIDUALITY)

ABSTRACT

The cartesian work has constituted – without any doubt - an inexhaustible source of reflections around the diverse problems of the universal philosophy: mathematical, metaphysical, theory of knowledge, physical - to mention some of the high-priority scopes and of greater reached sistematicity -, are examples of its richness and importance. In the present work I will retake one of those great reflections, the one that concerns specially the idea of men, in order to rescue and demonstrate in Descartes a rich and wide conception of the human being.

Keywords: Moral, Passions, Man, Conduct, Individuality.

INTRODUCTION

La obra cartesiana ha constituido -indudablemente- una fuente inagotable de reflexiones en torno a los diversos problemas de la filosofía universal: la matemática, la metafísica, la teoría del conocimiento, la física -por citar algunos de los ámbitos prioritarios y de mayor sistematicidad alcanzada-, son muestra de su riqueza y trascendencia.

En el presente trabajo retomaré una de esas grandes reflexiones, la que concierne especialmente a la idea del hombre, a fin de rescatar y evidenciar en Descartes una rica y amplia concepción del ser humano.

DESCARTES Y EL ESTUDIO DE LA CONDUCTA HUMANA

El estudio de la conducta humana fue el objeto de las preocupaciones de Descartes en el último periodo de su vida. Antes -como es de suyo conocido- se entregó a la impostergable tarea de encontrar los principios verdaderos del conocimiento y de la constitución de las cosas materiales, dejando para después el análisis particular y complejo de la naturaleza humana. Así lo constata en su clasificación famosa de las ciencias que escribe en la carta prefacio de los *Principios de la filosofía*:

Así, toda la filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la metafísica, cuyo tronco es la física y cuyas ramas brotando de este tronco son todas las demás ciencias, las cuales se reducen a tres principales, a saber, la medicina, la mecánica y la moral, la que al presuponer un conocimiento cabal de las demás ciencias, constituye el grado último de la sabiduría.¹

Dado el *status* científico que Descartes concede a la moral se ha desprendido cierta interpretación reduccionista, a la vez que deshumanizada, de las acciones que llevan a cabo los sujetos. Pareciera que la moral, en virtud de derivarse de los principios verdaderos y evidentes de la metafísica y la física, no se distinguiría en lo absoluto de las demás ciencias. Tal es la opinión de A. Espinas, quien en su concepción, para Descartes: "Toda moral debía ser construida como la geometría sobre alguna de las verdades nativas, la libertad por ejemplo."²

Vistas así las cosas, estamos ante un intelectualismo extremo en lo tocante a las manifestaciones humanas pero, y sobre esto quiero insistir, la reflexión cartesiana se sitúa en otro plano. Descartes nunca perdió de vista la peculiaridad y especificidad propias del ámbito humano; sus puntualizaciones sobre la naturaleza humana desarrollada en *Las pasiones del alma* -la última de sus grandes obras- van en esta dirección.

Veamos de qué manera concibe Descartes al hombre y sus variadas manifestaciones. Dos interpretaciones, excluyentes entre sí, se han derivado de los textos cartesianos: una concepción meramente física, como aparece en el *Tratado del hombre*, la otra, intelectual desplegada ampliamente en las *Meditaciones*. Ninguna de ambas interpretaciones da cuenta cabal del ámbito propio de lo humano; la reducción del funcionamiento del cuerpo a las propiedades de la materia que ha rubricado el célebre automatismo cartesiano, si bien representa un cambio de perspectiva para estudiar los procesos de la vida,³ es tan sólo una parte de la idea del hombre que Descartes concibe. Por otra parte, la consideración del sujeto

¹ R. Descartes, (*Euvres Philosophiques*, París, Éditions Garnier, 1989, vol. III, pp. 779-780.

² A. Espinas, *Études sur l'histoire de la philosophie de l'action*. Descartes et la morale, París, Éditions Bossard, 1925, p. 48.

³ Descartes arremeterá contra la idea tradicional de concebir los procesos vitales como irreductibles, cuyo funcionamiento depende de principios anímicos o vitalistas. En su lugar, postula una explicación material y objetiva que sólo toma en cuenta la disposición y movimientos de los órganos del cuerpo. R. Descartes, "*Passions de l'âme*" en *Oeuvres Philosophiques*, París, Éditions Garnier, 1989, vol. III.

en términos del intelecto puro, que se basta para conocer las propiedades verdaderas de las cosas prescindiendo de los sentidos y la imaginación -pues sólo ofrecen representaciones incompletas y a menudo falsas-, a lo que conduce es a sujetos desencarnados.

EL HOMBRE VISTO DESDE LAS PASIONES DEL ALMA

Descartes no define al hombre ni de una ni de otra forma, y sí afirma preferentemente que el hombre "real o verdadero" es una unidad compuesta de alma y cuerpo en interacción constante y recíproca. En *Las pasiones del alma* Descartes analiza la naturaleza humana como unidad. De la diversidad de pensamientos que tiene el alma, son precisamente sus pasiones -también llamadas sentimientos- las que dan cuenta de la peculiaridad de la esencia humana porque... "de todas las clases de pensamientos que el alma puede tener, ninguno la agita y la conmueve tan fuertemente como estas pasiones".⁴ Ellas resultan, pues, de la estrecha alianza del cuerpo con el alma, punto de partida en el que habrá que situarse para acceder al análisis de la conducta humana. Dice Descartes enfáticamente en *Las pasiones*:

... me limitaré a repetir el principio en el que se apoya todo lo que he escrito sobre ellas; a saber, que hay tal relación entre nuestra alma y nuestro cuerpo que cuando hemos unido una vez algún acto corporal con algún pensamiento, ya nunca se nos presenta uno sin el otro, y no siempre se unen los mismos actos a los mismos pensamientos; pues esto basta para explicar todo lo que cada cual puede observar de particular en sí mismo o en otros, respecto a esta materia.⁵

Descartes está poniendo de manifiesto la existencia de una estructura psicofisiológica bastante peculiar en cada uno de los sujetos, y tal es lo que los distingue unos de otros al condicionar sus diversos temperamentos y caracteres; por ejemplo, afirma éste:

La misma impresión que produce sobre la glándula la presencia de un objeto espantable, y que causa el miedo en algunos hombres, puede provocar en otros el valor y el atrevimiento, y ello se debe a que no todos los cerebros están dispuestos de la misma manera, y el mismo movimiento de la glándula que en algunos provoca el miedo hace en otros que los espíritus entren en los poros del cerebro que los conducen, parte a los nervios que sirven para mover las manos a fin de defenderse, parte a los que mueven e impulsan la sangre hacia el corazón, para producir espíritus que continúen esta defensa y mantengan la voluntad de la misma.⁶

Se trata de la base originaria de la determinación de la individualidad, base que es empírica y corporal; las impresiones sensoriales, vía los nervios y los espíritus animales⁷ contenidos en ellos, hacen sentir en las almas de los sujetos distintas pasiones o emociones que la voluntad se encargará de fortalecer o rechazar. En la medida en que determinada pasión sea conveniente al sujeto resulta benéfica, y hay que fortificarla, mientras que si ésta adviene nociva lo que resta es rechazarla. Aquí se hace patente el carácter subjetivo e individual de las respuestas y comportamientos humanos, no pudiéndose por ello establecer una verdad universal al modo geométrico, tal es lo que sostiene Descartes en su carta a Hyperaspistes, de agosto de 1641, la imposibilidad de encontrar para la acción humana una certeza como la lograda en el conocimiento.

Las respuestas ofrecidas frente a la espontaneidad y premura de los hechos de la vida ordinaria, desde los más inmediatos que no admiten espera alguna, hasta aquellos que tienen que ver con valores, costumbres e instituciones, suponen una inclinación, las más de las veces, de un examen cuidadoso de sus fundamentos.

⁴ R. Descartes, *op. cit.*, p.944.

⁵ *Ibid.*, p. 1050.

⁶ *Ibid.*, p.983-984.

⁷ Los espíritus animales son "las partes más vivas y más sutiles de la sangre" que, al ser conducidas a lo largo de las terminaciones nerviosas hasta los músculos, originan la diversidad de movimientos del cuerpo humano. *Ibid.*, p. 958.

EXPERIENCIAS, HÁBITOS Y COSTUMBRES EN LAS PASIONES DEL HOMBRE

Descartes también desarrolló en *Las pasiones* el papel que tienen las experiencias particulares de los hombres, los hábitos y costumbres en la determinación de sus diversas conductas, sentimientos y creencias. Él dice, por mencionar un caso, que la sensación de miedo que se puede experimentar frente a un objeto o a una situación dada -que en algunas personas se traduce en el alejamiento del objeto que causa el temor, mientras que en otras, en lugar de dicho rechazo o evasión del objeto desarrollan el valor de enfrentarlo-, puede deberse, justamente, a estas experiencias particulares; por ejemplo, una vivencia negativa ocurrida en la infancia de cierta persona puede ocasionarle efectos que transformen radicalmente su estructura emocional al grado de impedirle su superación, o también en el caso de una vivencia positiva que, al estimular al individuo de manera favorable es más probable que éste se desarrolle libremente y con la fuerza y voluntad para conducir sus acciones.

Algo semejante sucede con los objetos del amor y del odio, cuya consideración como tales depende del afecto experimentado hacia ellos, y no de su aceptación como conceptos de validez universal. Descartes abunda dando ejemplos de la vida ordinaria, condicionados tanto por las respuestas psicofisiológicas como por la historia particular de cada individuo.

LAS MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS EN LA INDIVIDUALIDAD

Al respecto, es importante destacar la peculiaridad de las manifestaciones artísticas en la determinación de la individualidad, no sin antes señalar la atención puesta por Descartes, ya desde su primera obra de juventud titulada *Compendium musita*,⁸ en reflexiones estéticas sobre la naturaleza de lo bello. Dice Descartes: "...llamamos bello o feo a lo que así nos presentan nuestros sentidos exteriores, principalmente el de la vista, el más importante de todos."⁹

Efectivamente, las expresiones artísticas son una instancia que refuerza esta base empírica y corporal al desenvolver la individualidad concreta de los sujetos. Sobre tal peculiaridad de los juicios de gusto Descartes le comenta a Mersenne:

...Pero, generalmente, ni lo bello ni lo agradable significa nada más que una relación de nuestro juicio con el objeto; y como los juicios de los hombres son tan diferentes, no podemos decir que lo bello ni lo agradable tengan alguna medida determinada.¹⁰

El objeto que para los sentidos es más bello o más agradable es el que place, independientemente de la sencillez o complejidad de la percepción. Dice Descartes a Mersenne, en su correspondencia, que no se puede estimar cuantitativamente la preferencia de un gusto sobre otro; por ejemplo, establecer para el común de la gente qué gusta más, si el sabor de las frutas o el de los mariscos, el de las aceitunas sobre el de la miel -no obstante el sabor más dulce de ésta última-, o también, sorprendentemente y como suele ocurrir, el inclinarse por el sonido de una disonancia más que por el de una consonancia.¹¹ En cualquiera de estos casos es imposible determinar objetivamente tales inclinaciones, los juicios de gusto son por naturaleza subjetivos y particulares.

⁸ Los estudiosos cartesianos difícilmente detienen su atención en las afirmaciones de Descartes sobre estas materias, quizá pretextando la falta de relevancia y sistematicidad, comparativamente con la alcanzada en otros ámbitos del conocimiento. No obstante, sus pronunciamientos sobre las artes están presentes en su obra y revelan aspectos de sumo interés. Entre sus escritos de juventud se encuentra un tratado sobre música, denominado *Compendium musicae* (qué data del 31 de diciembre de 1618), y también un breve escrito conocido como *Studio bonae mentis*. Pero aún hay más producción sobre el particular: Descartes compone en 1649 una pieza de ballet para la realeza de Estocolmo, mejor conocida como *La Naissance de la Paix* y, asimismo -según lo señala Baillet, biógrafo de Descartes-, la creación de una comedia. La existencia de este material testimonia de entrada la inclinación artística de Descartes.

⁹ *Ibid.*, p.1018.

¹⁰ R. Descartes, "*Compendium musicae*", en *op. cit.*, vol. I, p.30.

¹¹ Carta al padre Mersenne, marzo 18 de 1630, en *op. cit.*, p. 246.

Estas afirmaciones cartesianas sobre la peculiaridad de dichos juicios empíricos lo que muestran es la existencia de un campo de conocimiento cuyo análisis no se deja reducir al criterio de claridad y distinción que rige en las ciencias físicas y matemáticas, caracterizadas por tener una verdad demostrable; este campo que abre la subjetividad no está regulado bajo los cánones de lo estrictamente evidente, simple y verdadero, lo que explica la dificultad, ya señalada por Descartes, de establecer para este tipo de conocimiento una objetividad y universalidad como la conquistada en las ciencias.

Hechas estas consideraciones puede afirmarse y conceptualizarse la presencia de individuos, de miembros singulares, cuyas conductas son irremplazables, irreductibles. Me parece que este rescate de la individualidad concreta resulta ser muy significativo, esto, especialmente por tratarse de un filósofo cuya obra ha simbolizado el modelo de un conocimiento unificado, construido sobre los criterios del conocimiento exacto y verdadero, que deja al margen cualquier otro saber que no se constituya análogamente. Por consiguiente, no hay tal reduccionismo por parte de Descartes de concebir todo a través del entendimiento, ni de subsumirlo bajo el patrón de lo estrictamente mensurable y evidente. Su filosofía es más rica y pluralista pues avanza hacia una concepción más completa y vital del ser humano, al estudiar a éste, no únicamente como sujeto que conoce, es decir, abstracto o epistemológico, sino también en tanto sujeto concreto, esto es, individual, que se realiza en la esfera de la evolución, de la sensualidad, de la imaginación creadora y del sentimiento, manifestaciones todas ellas que constituyen la expresión más directa de la vida.

EL HOMBRE COMO UN TODO

Es en el hombre que Descartes conjunta la incidencia de todas y cada una de las facultades, donde rompe con el dualismo entre lo pensante, lo claro y distinto, y lo dado al mundo de los sentidos. En el ámbito de lo humano tienen, pues, cabida todas las manifestaciones que se realizan, vía el ejercitamiento de los sentidos, la memoria y la imaginación creadora. Las bellas artes dan buena cuenta de ello; las bellezas de la poesía, de la música -dice Descartes- excitan en los sujetos las más diversas pasiones: la finalidad de la música es proporcionar el placer. Al respecto, es notable el tinte tan vital y reposado que tienen sus pensamientos cuando le insiste a la princesa Elizabeth de Bohemia, que se entregue a la vida ordinaria y a la conversación con los hombres. Salta a la vista su deseo de conciliación y de unidad en su filosofía.

Temo que su Alteza piense que no estoy hablando seriamente, pero eso iría en contra del respeto que le debo y que nunca dejaré de profesarle. Digo, verdaderamente que, la principal regla que siempre he observado en mis estudios y creo que me ha sido de mayor utilidad para adquirir el conocimiento que tengo, ha sido la de ocuparme sólo unas pocas horas al día en los pensamientos que ocupan la imaginación y pocas horas al año en aquellos que ocupan al puro intelecto. El resto de mi tiempo lo he dedicado al relajamiento de los sentidos y al reposo de la mente. E incluyo en el ejercicio de la imaginación todas las conversaciones serias, y cualquier cosa que sea hecha con atención. Ésa es la razón por la que me he retirado al campo.¹²

Así se descubre el sentido que tienen las palabras de Descartes cuando compara al filósofo con el poeta. El primero, es el que dedica sus esfuerzos a alcanzar la verdad en las ciencias, mientras que el segundo, hace plasmar las más excelsas, arrebatadoras e inspiradas manifestaciones del espíritu; son las dotes del ingenio más que los frutos del erudito -comenta Descartes- las que entran en juego. Dada la concepción que éste tiene del ser humano; más completo y vital, su inclinación por las artes es perfectamente compatible con sus ideas filosóficas.

Finalmente, me resta mostrar la importancia y sentido que tiene la actividad racional en la constitución acabada de la individualidad.

¹² Carta a Elizabeth, junio 28 de 1643, en *op. cit.*, vol.III, pp. 45-46.

LA INDIVIDUALIDAD

Dice Descartes -a propósito de la moral- que se precisa la ejercitación constante de la razón, a fin de mostrarle a la voluntad lo beneficioso, o en su caso nocivo que pueden resultar las pasiones de los hombres en la consecución de su bien. ¿Cómo entender entonces ese tinte intelectualista que parece revestir la moral cartesiana al exigir la regulación racional de la acción y del deseo, y compaginarlo con el sustrato empírico y particular antes señalado? Descartes, al referirse a la razón que guía o conduce la conducta ordinaria, no está queriendo indicar el tipo de reflexión que se pone en marcha al analizar objetos de conocimiento científicos, de verdad demostrable, como los encontrados en las ciencias matemáticas o físicas. Por el contrario, la reflexión desplegada es la que concierne al individuo que día a día intenta ordenar sus actos y dotarlos de un sentido apropiado.

Justamente, es en la reconstrucción que cada cual hace en sí mismo, en su foro interno, para determinarse a actuar, donde radica la completa independencia y libertad individuales. La autonomía racional no es una forma abstracta de la libertad, en cuanto a las acciones morales se refiere, sino el ejercicio reflexivo que, en función de las condiciones y características de los sujetos -que van desde los bienes de la fortuna, nacimiento, riqueza, poder, hasta la diversidad de temperamentos posibilita su transformación y perfeccionamiento.

Descartes no abstraigo de su análisis el peso que tienen los bienes mencionados, sabe que contribuyen enormemente en la formación de las personalidades, pero también pueden ser transformados, incluso superados, y en esto radica el poder del alma, cuya voluntad es capaz de sobreponerse a sus estados. Su fortaleza proviene, justamente, del conocimiento o sabiduría; la fuerza de la voluntad -dice Descartes- no se basta a sí misma en el control de las pasiones y sucesos de la fortuna, que la exceden en tanto no existe conocimiento de aquello que los origina para su tratamiento adecuado. La sabiduría o "sagesse", en consecuencia, desempeña un importantísimo papel al posibilitar para el individuo una conquista más alta de su libertad; tal es el sentido de los pronunciamientos de Descartes en el *Discurso del método* al señalar que hay que aprender a distinguir lo verdadero de lo falso, para ver claro en los actos y andar seguro en la vida. Bien como expresa A. Fouillée:

La moral consiste, pues, en pasar de la indeterminación primitiva, que es el grado más bajo del querer, a esta determinación del querer por la inteligencia, que es la verdadera libertad, pues de una "gran claridad en el entendimiento" se sigue una "gran inclinación en la voluntad."¹³

LA AUTONOMÍA DEL INDIVIDUO

La autonomía del individuo radica en su voluntad libre y racional, vía la cual destruye y reconstruye el orden del mundo; en el caso particular de las acciones, tropezar, rectificar y encauzarse constantemente por el camino adecuado es la situación concreta que define al hombre, que mejor expresa su autonomía; tal es el alcance del voluntarismo cartesiano, pues, como ha sido expresado en *Las pasiones* "No hay alma tan débil que no pueda, bien conducida, adquirir un poder absoluto sobre sus pasiones."¹⁴ No se trata -y en ello quiero insistir- de una autonomía abstracta, que no tome en cuenta los cambios cotidianos ni los bienes de la fortuna -dado su valor despreciable en comparación con los bienes del alma, con el gozo intelectual de la verdad-, por el contrario, es precisamente por tomarlos en cuenta, reconocer el sustrato corporal y las experiencias particulares de los sujetos, que se accede a la conciencia de esta autonomía. Señala Descartes:

¹³ A. Fouillé, *Descartes*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1944, P. 130.

¹⁴ R. Descartes, "*Passions de l'âme*" en *Eunres Philosophiques*, París, Éditions Garnier, 1989, vol. III, p. 994.

En cuanto a las cosas que no dependen en modo alguno de nosotros, por buenas que puedan ser, no debemos jamás desearlas con pasión, no sólo porque podemos no lograrlas, y afligirnos así tanto más cuanto más las hayamos deseado, sino principalmente porque, ocupando nuestro pensamiento, nos apartan de poner nuestro afecto en otras cosas cuya adquisición depende de nosotros.¹⁵

¡Qué gran distancia hay entre la certeza moral y la certeza de las proposiciones cuya verdad deriva de los principios más universales! Lo que importa es que el sujeto se sienta satisfecho de haber obrado virtuosamente, esto es, de haber juzgado siempre lo mejor, y eso debe bastarle para alcanzar la felicidad, el mayor contento posible. Enfatiza Descartes:

Pues todo el que haya vivido de tal modo que su conciencia no pueda reprocharle que haya dejado nunca de hacer todo lo que ha juzgado lo mejor (que es lo que llamamos aquí seguir la virtud), recibe una satisfacción tan poderosa para hacerle feliz que ni los más violentos esfuerzos de las pasiones tienen jamás bastante poder para turbar la tranquilidad de su alma.¹⁶

Se está, pues, lejos de la visión abstracta y unilateral, que suele atribuírsele a la antropología cartesiana. Descartes construye una filosofía que abraza al hombre mismo, considerándolo no únicamente como punto de partida, esto es, como sujeto de razones, sino también al término de sus análisis, y esta vez revestido de su individualidad singular y concreta, y en la que Descartes encuentra el valor irreducible de la libertad humana; el poder de la voluntad racional constituye, de esta manera, la superación de la diferencia y la particularidad ciega, siempre sujetas a los caprichos del libre arbitrio, de la fuerza y la fantasía, para procurar, en su lugar, hacer prevalecer un mundo constituido a la medida de los individuos, perfectamente asequible, humano y digno de vivirse.

¹⁵ R. Descartes, *op. cit.*, p. 1060.

¹⁶ *Ibid.*, p. 1064.

BIBLIOGRAFÍA

- Baillet, A., *La vie de Monsieur Descartes*, 2 vols., Nueva York y Londres, Gerarld Publishing, Inc., 1987.
- Descartes, R., *Oeuvres Philosophigies*, comp. de F. Alquié, 3 vols., París, Éditions Garnier, 1988.
- Espinas, A., *Études sur l'histoire de la philosophie de l'action*. Descartes el la morale., París, Editions Bossard, 1925.
- Fouillée, A., *Descartes*, Buenos Aires, Ed. Americalee, 1944.
- Hamelin, O., *El sistema de Descartes*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1963.
- Rodis-Lewis, G., *La morale de Descartes*, París, Presses Universitaires de France, 1962.
- -----, *L'individualité selon Descartes*, París, Librairie Philosophique J. Vrin, 1950.